

El secreto de una vida

Una mujer de acción

Lo primero que llama la atención, en la vida de Juana, es seguramente su acción y su obra. Sin recursos y sin publicidad, esta mujer, procedente de un medio muy modesto, consiguió en poco tiempo crear en Francia y en otros países, una red de casas de acogida para los ancianos desamparados. Y supo comunicar su dinamismo y su llama interior a una multitud de personas enteramente dedicadas a la misma causa. Esto es un hecho sorprendente.

Creativa, emprendedora y entusiasta, Juana es verdaderamente una mujer de acción. No hace grandes discursos, no escribe ninguna obra. Ella actúa. Y esta acción es verdaderamente creadora, incluso diríamos profética. La apertura de las casas para las personas ancianas más pobres, en las que no solamente eran acogidas, alimentadas y cuidadas, sino también rodeadas de cariño y respetadas, constituía para su época una verdadera innovación. No existían entonces ni pensiones ni seguridad social. Los pobres estaban abandonados a su suerte. Respondiendo a una verdadera necesidad social, Juana dio pruebas de lucidez y de coraje. Ella veía a lo lejos, muy lejos. El Papa Juan Pablo II lo subrayó en la homilía, durante la ceremonia de su beatificación. “Se puede decir que recibió del Espíritu, como intuición profética, las necesidades y aspiraciones profundas de los ancianos”, declaró el Papa. Y precisó estas necesidades, y estas aspiraciones de las que Juana tuvo una intuición profética. “Es el anhelo de ser respetados, estimados, amados; esta comprensión de la soledad, junto al deseo de un espacio de libertad y de intimidad; esta nostalgia de sentirse útiles; y muy frecuentemente, una voluntad de profundizar las cosas de la fe y de vivirla mejor”.

Una mística de la acción

¿De dónde saca Juana esta lucidez y este coraje?

Cuando nos interrogamos sobre la fuerza de su acción y la fuente de sus intuiciones creadoras, percibimos muy rápidamente que su acción es movida por un gran soplo de fe y de amor. Toda esta acción brota de la morada interior en la que Juana llega a una comunión profunda con este Dios que se revela a ella como una “Zarza ardiente”

La fuente de la acción de Juana y de sus intuiciones, reside en esta comunión con Dios, vivida como una comunicación de vida que se le ofrece a ella gratuitamente y que, a través de ella, quiere transmitirse, resplandecer, actuar. Y Juana actúa, en efecto, con la íntima convicción de hacer la voluntad de Dios. Ella es llevada, en lo más profundo, por esa fuerza de amor que la empuja a la acción.

La obra de Dios

Muy pronto Juana tuvo la íntima convicción de que Dios la llamaba a realizar una obra especial. Sólo tenía veinticuatro años. Y a su madre, que se asombraba al ver que rechazaba la demanda de matrimonio que le hizo un joven marinero, Juana le explicó: *Dios me quiere para Él. Él me guarda para una obra que no es conocida.*

¿Cuál es, pues, esta obra? Juana todavía no lo sabía. Ella esperará mucho tiempo, hasta la edad de cuarenta y siete años, para que Dios le diera una señal. No se impacientaba. Simplemente, tenía que estar disponible, preparada para responder. Y Dios, en silencio, la preparaba. Le había dado un gran corazón. Eso era parte de sus cualidades naturales.

Esto pudo comprobarse rápidamente. En la Mettrieux- Chouettes, en la que se colocó a la edad de quince años como ayudante de cocina, era feliz cuando la dueña de la casa la invitaba a visitar a las familias indigentes, o a los ancianos solos, de los alrededores. Ella se sentía feliz de aportarles un poco de ternura y de alegría, gracias a su presencia y atención. Y cuando ella llega a Saint-Servan, se dedica en cuerpo y alma, en el hospital del Rosais, al servicio de los enfermos más pobres. Ciertamente, había en ella como una atracción poderosa para aliviar a las personas afligidas.

Poco después de su llegada a Saint-Servan, Juana tuvo la alegría de poder asistir a una misión predicada en la iglesia parroquial de Sainte-Croix. Fue para ella la revelación del gran amor de Dios a través del Corazón de Cristo. El corazón de Juana vibra y se abrasa. Pasan algunos años y llega la hora en que Dios por fin le manda una señal. Estamos al principio del invierno de 1839.

Juana descubre una pobre mujer ciega y enferma; esta pobre acaba de perder a su hermana: era su único apoyo, ahora se queda sola y abandonada. Juana se conmueve y la acoge en su casa. Este acto abre la vida de Juana al gran soplo del amor de Dios. Este soplo la llevará cada vez más lejos. A partir de este momento, ella sabe lo que Dios quiere de ella. Ninguna vacilación, ninguna vuelta atrás, ella mira hacia delante, hacia la obra que Dios espera de ella. Ella acoge a una segunda persona y luego a una tercera. Y Dios actúa con ella aportándole las ayudas necesarias. De ahí, la audacia y la lucidez de Juana.

Un alma, a la vez, activa y que se deja hacer

Sería un error presentar a Juana como una mujer que realiza por sus propias fuerzas un ideal puramente humanitario. En ella, al contrario, se realiza a la perfección lo que Bergson escribe sobre el místico cristiano, en *Las Dos Fuentes de la moral y de la religión*: “Ha sentido la verdad fluir en él de su fuente como una fuerza que actúa. Él no se negará a difundirla, como el sol lo hace con sus rayos y su luz.[...]”

Digamos que es desde ahora, para el alma, una sobreabundancia de vida. Es un inmenso impulso. Es un empujón irresistible que la lanza a las más

altas empresas. Una serena exaltación de todas sus facultades hace que ella pueda ir más lejos y, aunque sea débil, lo realiza poderosamente. Sobre todo ve las cosas con sencillez, y es esta sencillez, que se nota en lo que dice y en lo que hace, la que la guía a través de las complicaciones que ni siquiera ella misma percibe. Una ciencia innata, o más bien una inocencia adquirida, le sugiere inmediatamente la manera más adecuada, el acto decisivo, la palabra sin réplica. El esfuerzo, sin embargo, es indispensable, así como la resistencia y la perseverancia. Pero vienen solos, se despliegan ellos mismos en un alma, a la vez activa y que se deja hacer, en donde la libertad coincide con la actividad divina. Representan una enorme energía, pero esta energía es donada y a la vez requerida, porque la sobreabundancia de vitalidad que reclama fluye de una fuente que es la misma de la vida...”

Un torrente de vida que salta hacia su fuente

Esta fuerza de vida continuará animando y sosteniendo a Juana, aunque la despojen de su obra, prohibiéndole toda actividad y quitándole toda responsabilidad en la congregación que ella había fundado.

Sufrirá mucho al ver confiscada su obra, pero no se abatirá ni se replegará sobre sí misma en la amargura.

Tampoco se sublevará. El impulso de vida que la ayudaba a avanzar, regresa ahora, y con la misma fuerza, hacia su fuente. Y Juana se deja llevar. Dios está ahí, siempre presente en la obra. Pero, en este momento, es Juana la que se convierte en la obra de Dios.

Un misterio de amor y de pobreza

Juana entra en este misterio de amor y de pobreza. Un misterio que se vive en el silencio, la humildad y la adoración. Es difícil imaginar mayor despojo que el que Juana ha conocido. Fundadora de una obra que suscitaba la admiración de todos, de los periodistas, de la Academia francesa, e incluso de la Logia masónica, Juana se ve despojada brutalmente de esta obra, relegada al último lugar, destinada al silencio y al olvido...

Juana aceptó ese despojo que duró veintisiete años, hasta su muerte. Sin una protesta, pero no sin sufrimiento.

Nunca es fácil aceptar ser tratada como una persona insignificante, ¡sobre todo cuando has sido el artífice de tal obra! Más difícil aún es reconocer la mano de Dios en tal injusticia. Y, sobre todo, aceptar de buen corazón, refiriéndonos a Juana, no volver a ver el rostro de un pobre.

Pero Juana comprende que Dios le pide ahora renunciar a la obra a la cual se había entregado totalmente; desde ahora, es ella misma la llamada a ser la obra de Dios.

Mensaje último, mensaje sublime

En medio de las novicias y compartiendo su vida de todos los días, Juana, sin encerrarse en ella misma, irradia con su atención y su presencia a cada una de ellas, por su entusiasmo y su sencillez. Y, sin saberlo ella, les revela y comunica su carisma fundador: *Sean pequeñas, háganse pequeñas*, le gustaba decirles. Diciendo eso, expresaba simplemente lo que vivía ella y lo que la hacía tan presente, tan cercana. Ser pequeña para estar cerca de los humildes. *Nuestra felicidad*, decía, *es ser una Hermanita de los Pobres. Hacer felices a los pobres, eso es todo.*

Un pobre no es feliz simplemente porque es acogido, alimentado y cuidado, sino sobre todo porque, a través de los cuidados que se le ofrecen, se siente amado y considerado. Sin esta relación de proximidad y de amor, que sólo puede arrancar un ser de la soledad y devolverle un nombre y un rostro, una casa de ancianos, aunque esté bien organizada, resulta triste. Y a veces, triste hasta morir. Un pobre no es sólo un expediente médico que se trata desde lejos. “Hacer felices a los pobres” es el carisma de las Hermanitas de los Pobres.

El canto del pobre: “¡Dios sea bendecido en todo!”

Juana ha entregado su mensaje esencial. Ahora su corazón se dedica enteramente a la alabanza. Es muy poco decir que en su corazón no hay ningún resentimiento, ninguna amargura. Juana se maravilla de todo lo bello que hay a su alrededor, en La Tour y en la congregación. Y todo eso, con más alegría que si fuera su propia obra. Admira las nuevas construcciones, la nueva iglesia, el número creciente de las novicias, el auge de la congregación en el mundo. Ve en todo eso la obra de Dios. Y el corazón de Juana se regocija. Es la alegría de un corazón de pobre: una alegría que se expresa en la alabanza. *Hay que decir siempre: Bendito sea Dios*, repite la noche de su muerte, cuando la luz del Reino penetra en la intimidad de su corazón.

Si Juana es canonizada y se la pone como ejemplo, no es porque haya pasado por un trance humillante e injusto –otros muchos han conocido ese desdichado destino-, sino por la manera como ella vivió esta humillación y este despojamiento: Juana permite ver en ella la obra luminosa de Dios en su pureza y en su esplendor.

BIBLIOGRAFÍA

Originales en francés y sus traducciones

ALLARD, Soeur Élisabeth, *Ce que disait Jeanne Jugan*,

La Tour Saint Joseph, 1962-1993. Traducciones: español, inglés, italiano, holandés, maltés, portugués y coreano.

GARRONE, Gabriel-Marie, *Ce que croyait Jeanne Jugan*,

Mame, 1974, La Tour Saint Joseph, 1993. Traducciones: español, inglés e italiano.

LAFON, Michel, *Prier quinze tours avec Jeanne Jugan, fondatrice des Petites Soeurs des Pauvres*, Nouvelle Cité, 2003. Traducción: portugués.

LECLERC, Éloi, *Jeanne Jugan, le Désert et la Rose*, Desclée de Brouwer, 2000. Traducciones: español, inglés, italiano y coreano

MILCENT, Paul, *Jeanne Jugan, humble pour aimer*, Le Centurion, 1978-1996. Traducciones: español, inglés, italiano, holandés, portugués, chino, maratés, árabe y coreano.

MILCENT, Paul, *Jeanne Jugan, fondatrice des Petites Soeurs des Pauvres*, La Tour Saint Joseph, 1982.

Traducciones en numerosos idiomas. ***La edición española está en "Audiolibro": libro más dos CD con el texto grabado dramatizado.***

ROYER, Eugène, *Sur les grèves de misère, Jeanne Jugan en son temps, en tous les temps* (juego escénico), 1980. Traducciones: español, inglés e italiano.

SIGAUT Marie-Hélène/BERTHIER René, *Au service des aînés, Jeanne Jugan et les Petites Soeurs des Pauvres* (cómic), Fleurus, 1989; Le Rameau, 1996.

Traducciones: español, inglés, italiano, holandés, portugués y turco.